

Mrs. Dalloway dijo que compraría ella misma las flores.

Sí; Lucy ya tenía bastante trabajo por hacer. Había que sacar las puertas de los goznes; la gente de Rumpelmayer<sup>1</sup> estaba por llegar. Y además, pensó Clarissa Dalloway, qué mañana: diáfana, como un regalo para los niños en la playa.

¡Qué divertido! ¡Qué chapuzón! Porque siempre sentía eso, cuando, con un leve chirrido de goznes que todavía hoy podía escuchar, abría de par en par los ventanales y se zambullía en el aire libre de Bourton. Qué fresco, qué calmo, cuánto más sereno que este era el aire en Bourton a primera hora de la mañana; como el aleteo de una ola; el beso de una ola; frío y cortante y sin embargo (para una chica de dieciocho, como era ella entonces) solemne, sintiendo como sentía, allí parada frente a la ventana abierta, que algo terrible iba a suceder; mientras miraba las flores, el humo que escapaba entre las hojas de los árboles, las cornejas que subían y bajaban; allí parada mirando hasta que Peter Walsh dijo: “¿Meditando sobre las hortalizas?” –¿eso dijo?–. “Prefiero los hombres a las coliflores” –¿era así?–. Seguramente lo dijo una mañana, durante el desayuno, cuando ella había salido a la terraza. Peter Walsh. Volvería de la India uno de estos días, en junio o julio, Clarissa había olvidado cuándo, porque sus cartas eran espantosamente aburridas; eran sus dichos lo que una recordaba; sus ojos, su cortaplumas, su sonrisa,

su irritabilidad y, aunque millones de cosas se habían borrado por completo –¡qué extraño era aquello!–, algunas frases sueltas, como esta sobre los repollos.

Se enderezó un poco en el cordón de la vereda, esperando que pasara el camión de Durtnall.<sup>2</sup> Una mujer encantadora, eso pensaba de ella Scrope Purvis (que la conocía como se conoce al vecino de al lado en Westminster); tenía algo de pájaro, de arrendajo verde azulado; era ligera, vivaz, aunque tenía más de cincuenta años y había encañecido mucho desde su enfermedad. Allí estaba posada, sin verlo, esperando para cruzar, muy tiesa.

Porque de tanto vivir en Westminster –¿cuántos años ya? más de veinte– uno percibe, incluso en medio del tráfico o al despertar de noche, Clarissa estaba segura, un silencio particular, o una solemnidad; una pausa indescriptible; una ansiedad (pero eso podía ser algo del corazón, afectado, según decían, por la gripe) antes de que suene el Big Ben. ¡Ahora! El reloj tronó. Primero la advertencia, musical; después la hora, irrevocable. Las esferas de plomo se disolvieron en el aire. Qué locos estamos, pensaba, mientras cruzaba Victoria Street. Sólo Dios sabe por qué nos gusta tanto, por qué lo vemos de esta manera, por qué lo inventamos, por qué construimos todo esto que nos rodea y luego lo derribamos para volver a crearlo de la nada; pero si hasta el último de los mendigos, los más miserables entre los miserables, sentados en los umbrales (bebiendo su perdición) hacían lo mismo; y eso no podía solucionarlo ninguna ley del Parlamento, Clarissa estaba segura; por esa misma razón: aman la vida. En los ojos de la gente, en el vaivén y el trajín; en el ruido y el griterío; en los carruajes, los automóviles, los ómnibus, los camiones, los hombres sandwich que se zarandeaban y bamboleaban con paso pesado; en las bandas de música y los organilleros; en el triunfo y el tintineo, en los estruendosos escarceos de ese

avión que pasaba volando estaba lo que ella amaba: la vida; Londres; ese instante de junio.

Era mediados de junio. La guerra había terminado, salvo para personas como Mrs. Foxcroft, que anoche en la embajada tenía el corazón destrozado porque habían matado a ese muchacho tan bueno, y ahora la vieja casa solariega iría a parar a manos de un primo; o Lady Bexborough que, decían, había inaugurado una subasta de beneficencia con el telegrama que anunciaba que habían matado a John, su preferido, en la mano; pero había terminado; gracias a Dios: había terminado. Era junio. El rey y la reina estaban en el palacio. Y en todas partes, aunque todavía era muy temprano, había un ritmo, un revuelo de caballos al galope, un redoble de palos de críquet; Lords, Ascot, Ranelagh<sup>3</sup> y el resto de los lugares; envueltos en la tenue red del aire gris azul de la mañana, que, a medida que avanzara el día, dejaría de envolverlos y depositaría sobre sus pastos y sus canchas a los caballos enérgicos, retozones, cuyas patas apenas tocaban el suelo; y a los jóvenes arremolinados y las chicas risueñas con sus vestidos de muselina casi transparentes que incluso ahora, después de haber bailado toda la noche, sacaban a pasear a sus absurdos perros lanudos; e incluso ahora, a esta hora, discretas viudas entradas en años salían a toda velocidad en sus automóviles a hacer misteriosas diligencias; y los comerciantes distribuían en sus vidrieras diamantes y baratijas, preciosos broches antiguos color verde mar con engarces del siglo XVIII para tentar a los norteamericanos (pero había que ahorrar; no comprar cosas a las apuradas para Elizabeth); y también ella, que amaba todo aquello con una pasión absurda y fiel, que era parte —porque su familia había estado en la Corte en la época de los Georges—, ella también, esa misma noche, iba a encenderse e iluminar; daría una fiesta. Pero qué extraño, al entrar al parque,<sup>4</sup> el silencio; la niebla;

el murmullo; los patos felices que nadaban lentos; las aves buchonas contorneándose. ¿Y quién sería el que se acercaba dándole la espalda a los edificios de gobierno, tan correcto, llevando una valija diplomática con el escudo real? ¿Quién si no Hugh Whitbread? Su viejo amigo Hugh. ¡El admirable Hugh!

“¡Que tengas un buen día, Clarissa!” exclamó Hugh, y su saludo sonó un poco extravagante ya que se conocían desde niños. “¿Adónde vas?”.

“Me encanta caminar por Londres”, dijo Mrs. Dalloway. “Es mejor que caminar por el campo”.

Ellos acababan de llegar –lamentablemente– para ver médicos. Otros venían a ver cuadros; iban la ópera; sacaban a pasear a sus hijas; los Whitbread venían “a ver médicos”. Infinidad de veces Clarissa había visitado a Evelyn Whitbread en un sanatorio. ¿Estaba enferma de nuevo? Evelyn estaba bastante decaída, dijo Hugh, dando a entender, con un gesto de aflicción e irguiendo apenas su cuerpo varonil, sumamente atractivo, impecable (siempre estaba casi demasiado bien vestido, aunque tal vez no le quedara más remedio con ese empleo de poca monta en la Corte), dando a entender que su esposa padecía algún achaque, nada serio; cosa que Clarissa Dalloway, como vieja amiga de la familia, comprendería sin mayores explicaciones. Ah sí, por supuesto que comprendía; qué lástima; y se conmovía como una hermana y a la vez estaba absurdamente preocupada por su sombrero. No era el sombrero adecuado para esa hora de la mañana ¿verdad? Porque cuando la saludaba con esos ademanes exagerados, levantando el ala del sombrero con extravagancia, y le aseguraba que parecía una chica de dieciocho, y decía que por supuesto iría a su fiesta esa noche –Evelyn había insistido mucho al respecto, sólo que él llegaría un poco más tarde, después de la fiesta en el palacio, a la que debía llevar a uno de los hijos de Jim– Hugh siempre la

hacía sentir un poco insignificante, como una colegiala. Y no obstante Clarissa le tenía afecto, en parte porque lo conocía desde siempre y también porque pensaba que, a su manera, era un hombre bueno, aunque a Richard lo exasperara y Peter Walsh jamás le hubiera perdonado que simpatizara con él.

Recordaba, una por una, las escenas que habían armado en Bourton; Peter furioso; Hugh, por supuesto, no estaba a su altura, pero tampoco era tan imbécil como decía Peter; no era un simple cabeza hueca. Cuando su anciana madre le pedía que dejara de cazar o que la llevara a Bath, lo hacía sin chistar; no tenía una pizca de egoísmo; y eso de decir, como decía Peter, que no tenía corazón ni cerebro, que sus únicos atributos eran los modales y la educación de un típico caballero inglés... eran cosas que decía su querido Peter en sus peores momentos; y si bien era cierto que Hugh podía ser insoportable, imposible incluso, era adorable caminar con él una mañana como aquella.

(Junio había hecho brotar todas las hojas de los árboles. Las madres de Pimlico amamantaban a sus bebés. Se transmitían mensajes de la Flota al Almirantazgo.<sup>5</sup> Arlington Street y Picadilly enervaban el aire del parque y alzaban las hojas de los árboles, calientes, relucientes, en oleadas de esa divina vitalidad que tanto amaba Clarissa. Bailar, cabalgar; ella había adorado todo aquello.)

Porque podían pasar siglos sin verse, Peter y Clarissa; ella jamás le escribía y las cartas de él eran más sosas que un palo; pero de pronto se le ocurría pensar: si Peter estuviera conmigo ahora ¿qué diría? A veces, ciertas imágenes se lo devolvían a la memoria, serenamente, sin la amargura del pasado; quizás esa fuera la recompensa por haber querido a las personas; volvían en St. James's Park una bella mañana: por supuesto que volvían. Pero Peter —por más hermoso que fuera el día y los árboles y el pasto

y esa niñita vestida de rosa—, Peter nunca veía nada. Pero eso sí: se pondría los anteojos si Clarissa se lo pedía; miraría. Lo único que le interesaba era el estado del mundo; Wagner, la poesía de Pope; el carácter de las personas, eso siempre; y los defectos del alma de Clarissa. ¡Cómo se ensañaba con ella! ¡Cómo discutían! Le pronosticaba que se casaría con un Primer Ministro y esperaría a sus invitados en lo alto de una escalera; la perfecta anfitriona, así la llamaba Peter (Clarissa había llorado en su dormitorio al recordarlo); le decía que tenía todos los atributos de la anfitriona perfecta.

Por eso —todavía hoy— caminaba por St. James's Park evaluando los pros y los contras, preguntándose si habría hecho bien —y en efecto así era— en no casarse con él. Porque en el matrimonio debe existir cierta permisividad, debe haber un poco de independencia entre dos personas que viven juntas bajo el mismo techo; Richard le daba eso, y ella a él. (¿Dónde estaba esa mañana, por ejemplo? En alguna reunión; ella nunca pedía explicaciones.) Pero con Peter había que compartirlo todo; había que contarse todo. Y era insoportable; y cuando ocurrió esa escena junto a la fuente en el pequeño jardín, ella se había visto obligada a romper con él; de lo contrario se habrían destruido, habrían terminado arruinados, estaba convencida de eso; aunque había sufrido durante años, como una flecha clavada en el corazón, el dolor y la angustia; y después el horror, cuando alguien le dijo en un concierto que Peter se había casado con una mujer que había conocido en el barco rumbo a la India. ¡Ella nunca olvidaría todo aquello! Fría, desalmada, mojigata, así la describía él. Y decía que nunca había podido entender cuánto la amaba. Pero esas mujeres indias<sup>6</sup> sí, presuntamente: bonitas, caprichosas, bobaliconas. Pero malgastaba su lástima. Porque él juraba y perjuraba que era feliz... perfectamente feliz, aunque no había concretado

ninguno de sus planes; toda su vida era un fracaso. Eso la seguía irritando.

Había llegado a las puertas de Green Park. Se detuvo un momento a mirar los ómnibus en Picadilly.

Ya no se atrevía a afirmar nada de nadie. Se sentía muy joven; y al mismo tiempo indeciblemente vieja. Se deslizaba en las cosas como un cuchillo; pero a la vez se queda afuera, observando. Tenía la perpetua sensación, mientras miraba los taxis, de estar afuera, lejos, muy lejos, mar adentro, y sola; siempre tenía la sensación de que era muy pero muy peligroso vivir, aunque sólo fuera un día. No es que se creyera inteligente o fuera de lo común. Le costaba entender cómo se las había arreglado en la vida con las migajas de conocimiento que le había dado Fraülein Daniels. No sabía nada; ni idiomas ni historia; casi nunca leía un libro; excepto memorias, en la cama; y sin embargo todo esto la absorbía por completo; los taxis que pasaban; y no se habría atrevido a afirmar de Peter, ni tampoco de sí misma: soy esto, soy aquello.

Su único talento era conocer a las personas casi por instinto, pensó, reanundando su paseo. Si la dejaban sola en una habitación con alguien, se le erizaba la espalda como el lomo de un gato; o ronroneaba. Devonshire House, Bath House, la casa con la cacatúa de porcelana, algunas vez las había visto iluminadas; y recordaba a Sylvia, a Fred, a Sally Seton... hordas de gente; y bailar toda la noche; y los camiones que pasaban lentos rumbo al mercado; y volver a su casa en auto cruzando el parque.<sup>7</sup> Recordaba haber arrojado un chelín al Serpentine. Pero todo el mundo tiene recuerdos; lo que ella amaba era esto, aquí, ahora, frente a sus ojos; esa mujer gorda en el taxi. ¿Acaso importaba –se preguntó, caminando hacia Bond Street–, acaso importaba que inevitablemente tuviera que apagarse por completo? ¿Que todas las cosas continuaran su curso sin ella? ¿Eso la resentía? ¿No sería

un consuelo pensar que con la muerte terminaba todo? Pero de alguna manera, en las calles de Londres, en ese ir y venir de las cosas, de aquí para allá, ella sobrevivía, Peter sobrevivía, vivían uno en el otro; y ella formaba parte, estaba segura, de los árboles de esa casa; de esa casa que estaba ahí, fea, en ruinas, cayéndose a pedazos; formaba parte de personas a las que jamás había conocido; extendida como una bruma entre las personas a las que más conocía, que la elevaban sobre sus ramas como había visto que los árboles levantan la bruma; pero se extendía tanto, tan lejos, su vida, ella misma. ¿Pero qué estaba soñando mientras miraba la vidriera de Hatchards?<sup>8</sup> ¿Qué estaba intentando recuperar? Qué imagen de un amanecer blanco en el campo, mientras leía en el libro abierto:

Ya no temas el calor del sol  
Ni las iras del furioso invierno.<sup>9</sup>

Esta última etapa de la experiencia del mundo había alimentado en ellos, en todos los hombres y las mujeres, un pozo de lágrimas. Lágrimas y pesares; coraje y resistencia; un comportamiento recto y estoico. Bastaba con pensar, por ejemplo, en la mujer que más admiraba, Lady Bexborough, cuando inauguró la subasta de beneficencia.

Estaban las *Jaunts and Jollities* de Jorrock; estaba Soapy Sponge y las *Memoirs* de Mrs. Asquith, y *Big Game Shooting in Nigeria*, todos expuestos.<sup>10</sup> Siempre había muchos libros; pero ninguno parecía del todo adecuado para llevárselo a Evelyn Whitbread al sanatorio. No había allí nada que pudiera entretenerla y hacer que esa mujer enjuta, indescritiblemente áspera, pareciera alegrarse cuando Clarissa entrara, aunque sólo fuera por un instante; antes de que se pusieran cómodas para iniciar la habitual e interminable charla sobre los malestares

femeninos. Ella necesitaba que la gente se alegrara al verla entrar, pensó; dio media vuelta y siguió caminando hacia Bond Street, enojada, porque le parecía tener motivos para hacer las cosas. Hubiera preferido ser como Richard, una de esas personas que hacen las cosas por hacerlas, mientras que ella, pensaba, esperando para cruzar, la mitad de las veces no hacía las cosas porque sí, por el solo placer de hacerlas; las hacía para que la gente pensara esto o aquello; era una perfecta idiotez, lo sabía (el agente de policía alzó la mano), porque nadie se dejaba embaucar ni por un segundo. Oh, si pudiera volver a vivir su vida, pensó subiendo a la vereda... ¡incluso podría haber tenido otro aspecto!

En primer lugar, habría sido morena como Lady Bexborough, con esa piel curtida como cuero y esos ojos tan hermosos. Habría sido, como Lady Bexborough, serena y majestuosa; más bien robusta; interesada en la política como un hombre; con una casa en el campo; muy digna, muy sincera. En cambio, era flaca como un palo; tenía una cara ridículamente pequeña y una nariz ganchuda como el pico de un pájaro. Era cierto que se mantenía en forma; y tenía lindas manos y lindos pies; y además vestía bien, teniendo en cuenta lo poco que gastaba. Pero de vez en cuando ese cuerpo que tenía (se detuvo a mirar una pintura de la escuela holandesa), ese cuerpo, con todas sus cualidades, parecía no ser nada... absolutamente nada. Tenía la extrañísima sensación de ser invisible, de pasar inadvertida; una perfecta desconocida; y como ya no había posibilidades de casarse, ni de tener más hijos, sólo le quedaba ese discurrir pasmoso y algo solemne con todos los demás por Bond Street, este ser Mrs. Dalloway; ni siquiera Clarissa; este ser la esposa de Richard Dalloway.

Bond Street la fascinaba; Bond Street a primera hora de la mañana en plena temporada; sus banderas flameando;

sus tiendas; nada chocante; nada chillón; un rollo de tweed en la tienda donde su padre había comprado sus trajes durante cincuenta años; algunas perlas; salmón sobre una barra de hielo.

“Eso es todo”, dijo, mirando la pescadería. “Eso es todo”, repitió, deteniéndose un instante frente a la vidriera de la guantería donde, antes de la guerra, se conseguían guantes casi perfectos. Su viejo tío William solía decir que se reconoce a una dama por sus zapatos y sus guantes. Una mañana, en mitad de la guerra, se había incorporado en la cama. Había dicho: “Ya fue bastante”. Guantes y zapatos; Clarissa tenía pasión por los guantes; pero a su propia hija, su Elizabeth, le importaban un bledo las dos cosas.

Un bledo, pensó, siguiendo por Bond Street hacia la tienda donde le reservaban las flores para sus fiestas. Lo que más le importaba a Elizabeth, en realidad, era su perro. Esa mañana toda la casa olía a brea. Pero mejor el pobre Grizzle<sup>11</sup> que Miss Kilman; mejor el moquillo y la brea y todo lo demás que estar confinada en una habitación abarrotada de cosas con un libro de plegarias. Cualquiera cosa antes que eso, casi diría. Pero quizá fuera solamente una etapa, como decía Richard, por la que pasan todas las chicas. Quizá se había enamorando. Pero ¿por qué de Miss Kilman? Una mujer que había sido maltratada por la vida, sin duda; había que ser tolerante con esas cosas; y además Richard decía que era muy competente, que tenía talento para la historia. En todo caso, eran inseparables; y Elizabeth, su propia hija, iba a comulgar; y le importaba un comino cómo se vestía, cómo trataba a la gente que iba a almorzar a la casa; por experiencia propia, Clarissa sabía que el éxtasis religioso endurecía a las personas (igual que las grandes causas), embotaba sus sentimientos; porque Miss Kilman haría cualquier cosa por los rusos, se dejaría morir de hambre

por los austríacos; pero en privado infligía torturas, tan insensible era, enfundada en su piloto verde. Hacía años que usaba ese piloto; transpiraba; nunca pasaban más de cinco minutos sin que te hiciera sentir su superioridad, tu inferioridad; lo pobre que era, lo rica que eras; lo mal que vivía en un barrio miserable sin una almohada, una cama, un felpudo o lo que fuere, el alma corroída por el dolor que tenía clavado, por haber sido expulsada del colegio durante la guerra... pobre criatura amarga y desgraciada. Pero uno no la odiaba a ella; odiaba la idea de ella, que sin duda englobaba muchas cosas ajenas a Miss Kilman; se había transformado en uno de esos espectros contra los que batallamos de noche; uno de esos fantasmas dominadores y tiránicos que montan a horcajadas sobre nosotros y nos chupan la mitad de la sangre; porque sin duda, si los dados de la fortuna hubieran caído de otra manera... ¡Clarissa habría amado a Miss Kilman! Pero no en este mundo. No.

Le incomodaba, sin embargo, percibir a ese monstruo brutal moviéndose dentro de ella, oír el crujido de las ramas, sentir pezuñas hundiéndose en las profundidades del bosque tapizado de hojas, el alma; no estar nunca del todo contenta, o del todo segura, porque en cualquier momento la bestia se desperezaría; ese odio, que, especialmente desde su enfermedad, tenía el poder de hacerla sentir rasguñada, herida en la espina dorsal; le causaba dolor físico y hacía que el placer de la belleza, la amistad, el bienestar, el ser amada y tener una casa acogedora, temblara y cediera como si realmente hubiera un monstruo royendo sus raíces, como si toda esa coraza de felicidad no fuera más que amor propio; ¡este odio!

¡Tonterías, tonterías! exclamó para sus adentros, empujando la puerta giratoria de la florería Mulberry's.

Avanzó ligera, alta, muy erguida, y enseguida fue saludada por la mofletuda Miss Pym, cuyas manos siempre